



Terrorismo y nihilismo combativo en los países andinos

Ciro Alegría

Profesor Asociado del Departamento de Humanidades

Síntesis: Hay una historia mundial del terrorismo. Los grupos subversivos evolucionan en sus estrategias y sus tácticas. Colombia, Ecuador, Bolivia y Perú son muestras de ello. Los nuevos maleantes han perdido la ilusión de satisfacer sus deseos terrenales y han adquirido una nueva ilusión, mucho más pernicioso, la de encontrar placer y satisfacción en la aniquilación misma. Una guerra nihilista.

La toma de la comisaría de Andahuaylas¹ por Antauro Humala y sus seguidores no ha sido una asonada, porque actualmente no existe la posibilidad de iniciar en el Perú un levantamiento con algo así como uno o varios cuartelazos. Esto lo saben bien Humala y sus secuaces. Ha sido un secuestro colectivo con armas de guerra, acompañado de proclamas políticas antidemocráticas que llaman a un enfrentamiento total o guerra civil: exigieron la renuncia del Presidente de la República y la destitución del Comandante General del Ejército. Los seguidores de Humala se apostaron en la comisaría y alrededores con armas, algunas de largo alcance, dispuestos a provocar un derramamiento de sangre, e intentaron involucrar en el enfrentamiento armado a la población de Andahuaylas. Para este último fin, piquetes de “etnocaceristas” se instalaron en otras partes de la ciudad, especialmente en el puente. El propósito de escalar la violencia hasta provocar una masacre estuvo claro cuando emboscaron y asesinaron a policías que venían como refuerzos, y más claro todavía cuando dispararon a policías en las cercanías del puente, matándolos y secuestrando como trofeo el cuerpo de uno de ellos. ¿Cuál es el mecanismo impulsor de acciones como la toma de la comisaría de Andahuaylas? ¿Se trata de un evento aislado, atribuible a la conducta patológica de sus líderes? Está lejos de ser un crimen pasional, no es tampoco un golpe de mano del crimen organizado, ni un linchamiento, ni un derivado violento de una huelga o protesta masiva. El secuestro colectivo, que emplea armas de guerra o medios capaces de provocar una matanza con el fin principal de producir una crisis de seguridad y, por consecuencia, una crisis política, es un acto terrorista.

Para algunas autoridades políticas y judiciales peruanas, hablar de terrorismo en este caso es una exageración. ¿Dirían lo mismo si los secuestrados fueran civiles? ¿Acaso secuestrar policías es algo distinto? Quizás, para estos señores, los rehenes fueron muy pocos para hablar de terrorismo ¿Cuál es el número que ellos tomarían en serio? ¿Y si entre los civiles hubiera niños, aceptarían entonces que se hablase de terrorismo, o eso tampoco bastaría? ¿Y si hubieran sido extranjeros, habrían podido evitar nuestros líderes políticos que en el extranjero se le llamase terrorista a este secuestro? Ya sé cuál sería el caso serio para ellos: si hubieran sido congresistas o miembros del tribunal constitucional los secuestrados, si el secuestro colectivo se hubiera producido en la capital, y no en Andahuaylas, entonces sí que hablarían de terrorismo.

Esa desigual valoración de la vida de las personas es antigua en el Perú, fue aprovechada por Sendero Luminoso para crecer durante los años 80. Los cientos de “juicios populares” en que militantes armados de SL torturaban y asesinaban a autoridades campesinas o simples vecinos que no se les sometían, fueron actos terroristas. No sólo los reos de SL,

¹ Una primera versión de este artículo es la conferencia “Inteligencia policial ante las nuevas amenazas en los países andinos” pronunciada por el autor en Quito en noviembre del 2004. Los hechos de año nuevo del 2005 en Andahuaylas, por concernir directamente a las ideas de la conferencia, dieron lugar a esta nueva versión.



toda la población era obligada, bajo amenaza, a comparecer en la plaza y presenciar la ejecución. Después de esto quedaban bajo la observación de una célula del partido, es decir, secuestrados colectivamente. Era usual que esta célula colocara una pequeña bandera roja sobre una de las casas. Quien la removiera era hombre muerto. Así los pueblos enteros eran objeto de amenazas y represalias y, a menos que logran dispersarse, ocultarse o desplazarse, quedaban convertidos en rehenes, con el fin de provocar una incursión de las fuerzas del orden o bien de servir de escudos humanos para las células terroristas que se instalaban dentro de cada uno de ellos.

Si algunas autoridades peruanas han evitado llamarle terrorista al secuestro de Andahuaylas es también porque suponen, por inercia de otros tiempos, que a los terroristas no se les puede enfrentar policialmente ni respetando los derechos humanos. En otras palabras, que un secuestro terrorista tiene que terminar al estilo de Putin o por lo menos de Fujimori. “No hablemos de terrorismo, hay que buscar una salida pacífica” es la expresión de sus mejores intenciones. Esa confusión que les hace ceder terreno al terrorismo (y lo ceden fácilmente cuando queda lejos de la capital) y claudicar a la defensa de los derechos humanos de las víctimas del terrorismo, les impide también asumir la construcción del control democrático de las fuerzas del orden y de los servicios de inteligencia.

El secuestro colectivo terrorista en el mundo y en los países andinos

Pensemos en las características del 11 de septiembre. Fue un día cualquiera, escogido por razones meteorológicas. No fue un momento en una guerra, pues no había guerra declarada, ni se supo en meses quién lo había hecho ni por qué, y hasta ahora no se conoce a qué objetivo de guerra responde. Pero está claro que para producir terror hay que hacer ese tipo de acciones. No se dirigió contra un objetivo militar, se dirigió contra población inerte. Las armas usadas fueron medios de transporte masivo, los aviones, y además unas cuantas de esas navajas muy baratas que se llaman *cutters*. El objetivo, la magnitud y la hora son esenciales para provocar un fuerte impacto mediático. El dinero usado es dinero negro, el personal son estudiantes que podrían estar en cualquier parte del mundo. Es atentado suicida con secuestro colectivo, es acción de exterminio. El número de víctimas es escogido para que sea imponente, para dejar terror en los huesos de la población atacada. Para este fin, el acto tiene que ser mediático y debe tener significado político, para que no se confunda con una represalia ni con una común acción de guerra.²

El mega-atentado es una máquina terrible de concepción elaboradísima. Pero no está solo en la historia contemporánea reciente. La acción terrorista en una escuela en el pueblo de Beslan, en Osetia, Rusia, fue un secuestro masivo con intención de suicidio de los asaltantes; fue mediático y se propusieron provocar gran mortandad. Lograron este objetivo, dejando en completa oscuridad cuál sería la función de esta acción en el conjunto de la guerra de Chechenia. Tanto en este atentado como en el de las torres de Nueva York o incluso el de la estación de tren de Madrid, los criminales dejan a las víctimas el trabajo de adivinar cuáles son los objetivos del acto de crueldad. Los atacantes suicidas son jóvenes que no han tenido otra vida sino prepararse para esto, su juventud entera la han empleado en entrenarse para ese tipo de acciones. Como ellas no conducen a ninguna ventaja militar material (como por ejemplo mantener o conquistar una ubicación estratégica), tales acciones se inscriben en una guerra puramente psicosocial, cuyo principal mensaje es: muerte al pueblo enemigo.

² Sigo en esta caracterización del atentado del 11 de setiembre a la excelente de André Glucksmann en su reciente libro *Dostoievski en Manhattan*.



Esto no sería tan preocupante si la analogía con otros escenarios fuera completamente imposible. Los grupos subversivos evolucionan en sus estrategias, en sus tácticas, según las circunstancias, y si entran en shock cambian sus recursos, diversifican sus formas de actuar. Hay una historia mundial del terrorismo, como la hay también de la guerra. Una ofensiva militar como la del Plan Patriota actualmente en Colombia puede obligar a evolucionar a las FARC y hacerlas adoptar precisamente el perfil de enemigo que los EEUU buscan. Eso lo han conseguido ellos ya en varias partes en el mundo, convertir a su enemigo convencional, por medio de la escalada militar, en el enemigo terrorista que ellos mismos están previendo que debe existir. Así que no estamos libres por ese lado, y me parece un error negar que esto pueda desarrollarse en América Latina sólo por no seguirles la corriente a los norteamericanos, o creer que es sólo una leyenda que están difundiendo para su conveniencia. En parte puede ser así, pero la leyenda del terrorismo global es de esas que se vuelven realidad.

Casi se ha olvidado ya que en el Perú una columna remanente de Sendero Luminoso secuestró en junio del 2003 a 71 empleados de una base de construcción del nuevo gasoducto operada por la compañía internacional Techint.³ El comando terrorista esperó a que apareciera la gran información en los medios, esperó a que llegaran a la zona las fuerzas armadas, y entonces las desafió adentrándose con los rehenes en el área boscosa. Finalmente, como las fuerzas armadas no les presentaron combate, pero persistieron en seguirles el rastro y rehacer el cerco, los secuestradores liberaron indemnes a los rehenes y se dispersaron en el bosque amazónico. Si las fuerzas armadas hubieran disparado habríamos tenido un evento mediático de secuestro colectivo y masacre, sin objetivo político conocido y con todas las demás características que he dicho. ¿Casos aislados? ¿Tenemos que demostrar la existencia de comunicaciones, intercambio de experiencias y de personal entre los secuestradores suicidas de Rusia y Perú, y entre éstos y Al Qaeda, para poder hablar de un proceso mundial del terrorismo? Maestros y aprendices del nihilismo activo se comunican a través de sus actos, se leen y se estudian unos a otros a través de los medios de comunicación y la Internet. Es sabido que Al Qaeda estudió a Sendero Luminoso y aplicó esas experiencias parcialmente en Afganistán. Más tarde quemaron esa etapa porque se dieron cuenta de que estratégicamente estaba liquidada y pasaron a la etapa del mega-atentado. Estamos pues ante una cosa que puede multiplicarse.

Hace apenas un mes, en Ilave, ciudad del altiplano peruano cercana al lago Titicaca, ha sido asesinado un alcalde de una manera muy peculiar. Fue secuestrado por sus enemigos políticos locales, quienes habían encabezado una movilización campesina masiva que había ocupado la ciudad y reducido a la inacción al pequeño destacamento policial. El alcalde fue maltratado dentro del local público durante más de doce horas junto con otros miembros de su equipo de trabajo y, cuando llegaron las cámaras de televisión, la golpiza continuó en la calle, a plena luz del día y ante las cámaras, hasta causarle la muerte. El principal ejecutor de la golpiza estaba encapuchado, pero era secundado y alentado por una turba de docenas de personas. Era una especie de juicio popular con ejecución pública, semejante a lo que hizo miles de veces Sendero Luminoso en los años ochenta. Los manifestantes-secuestradores sólo exigían lo imposible, la destitución inmediata del alcalde y de otras autoridades elegidas locales. No había ninguna demanda económica precisa, ningún cargo penal, de forma que la acción no podía confundirse con una huelga ni con un linchamiento. Fue una acción netamente política, su objetivo fue destruir físicamente un liderazgo local para dar lugar a otros. Secuestro colectivo, pues, con efecto mediático, usando como escudo humano a los pobladores, con el objetivo inmediato de producir una crisis política y

³ Ver la noticia en <http://news.bbc.co.uk/2/hi/americas/2980154.stm>



forzar una reacción violenta del Estado. Hay otras acciones menores semejantes en todo el Perú, casi todas incluyen tomas de instalaciones y secuestros temporales, a la espera de que se produzca el enfrentamiento para ver qué pasa. El terror se ejercita primero en pequeña escala, se ensaya en vivo en pueblos pobres y alejados, y luego se reestrena en escenarios cada vez más amplios.

Los secuestros colectivos peruanos son pocos en comparación con los que se han realizado en Colombia en los últimos años. El parentesco entre ellos es más cercano de lo que parece, porque, si bien las guerrillas colombianas hacen las veces de fuerzas regulares y suelen plantear el canje de rehenes por dinero o contra la liberación de detenidos, ambas actitudes pretendidamente razonables son sólo tácticas para prolongar el juego de destruir el Estado colombiano. El acto suicida está más lejos de la psique del nihilista en Colombia sencillamente porque la desnaturalización del Estado parece más cercana. El Estado colombiano, marcado por décadas de inacción frente al crimen organizado, desfigurado por décadas de acción armada llena de excesos y violencia indiscriminada contra los pobladores de las zonas en disputa, no consigue privar a los guerrilleros de las bases materiales que hacen posible su vida al margen de la ley. La guerrilla más poderosa y tradicional del mundo está tan profundamente entrelazada con el crimen organizado que no precisa evolucionar – por lo pronto – hacia formas más espectaculares de ataque al poder central. Pero está en su lógica hacerlo si, por obra del Plan Patriota, su existencia tradicional se vuelve insostenible.

Otro pariente cercano del secuestro colectivo peruano es el derrocamiento de Presidentes electos en Ecuador y Bolivia mediante movilizaciones populares. El acto de fuerza final que obliga a la huida del mandatario, por lo común una marcha masiva al centro de gobierno, es el resultado de una escalada de enfrentamientos y desplazamientos masivos cada vez más airados, con la peculiaridad de que las fuerzas del orden en el último momento se repliegan, desamparan al Presidente y esperan unas horas hasta que se forme el vacío de poder para hacer valer su influencia al momento de llenarlo. El presidente huye de un vaporeo inminente o de un tumultuoso juicio político extraconstitucional. Los demoleedores del gobierno se van entonces a sus casas complacidos con su obra destructiva, regresan a su nulidad política cotidiana y delegan a las tradicionales camarillas oligárquicas la doméstica tarea de improvisar un nuevo gobierno. Como la situación real no cambia, todos siguen maldiciendo su suerte, pero algunos pueden decir que han derribado un gobierno corrupto, etc. Aquí el nihilista no obtiene el dinero ni el poder de las armas de que goza el guerrillero-maleante colombiano, pero sí la satisfacción – bastante subjetiva – de haber liquidado a un gobierno. Ambas compensaciones del nihilismo incipiente, la que se estila en Colombia y la que se estila en Ecuador y Bolivia, se han agotado pronto en Perú. Ello explica la mayor creatividad del nihilismo peruano, el cual tiende a expresarse en actos abiertamente terroristas.

Los nuevos maleantes no se limitan a eliminar el obstáculo que se interpone entre ellos y el objeto de su codicia o lascivia. Han perdido la ilusión de satisfacer sus deseos terrenales y han adquirido una nueva ilusión, mucho más perniciosa, la de encontrar placer y satisfacción en la aniquilación misma. Estos auténticos nihilistas apuntan a la totalidad, atacan los fundamentos del Estado porque éste es la institución más abarcadora. Destruída el alma del edificio, todo él se desploma. Por ello están dispuestos a autodestruirse en el intento de invertir las prioridades del Estado democrático y obligarlo a desnaturalizarse.

No niego con estas observaciones la importancia de una crítica social y política más amplia, sólo llamo la atención sobre la necesidad de tratar los problemas de seguridad directamente.



Cuando estos temas no se estudian ni se encarán tal y como son, se repiten opiniones falsas, como que la causa de la violencia es la pobreza, la falta de educación, la falta de participación democrática, de ciudadanía, etc. Lo cierto es que ninguna de estas causas es suficiente para que haya violencia, y ni siquiera necesaria para ello, porque terrorismo local, endógeno, hay tanto en España, Estados Unidos e Irlanda como en Irak, Rusia, muchos países de África, Asia y algunos de América Latina. Es falso que la pobreza sea causa del terrorismo, tan falso como decir que todos los pueblos pobres son terroristas o tienden a ello. La pobreza es causa directa de muchas formas de violencia, pero del terrorismo, no. El terrorismo es una estrategia político-militar para provocar inseguridad en la población y en los dirigentes mediante crímenes atroces. Quienes lo practican han abandonado toda esperanza de justificar el uso de la fuerza bajo las condiciones de la legitimidad política y se han entregado a la ilusión de tener un poder que surge de la aniquilación física y moral de los demás. El terrorismo es la guerra nihilista.

Que entre los diversos problemas de seguridad de nuestros países haya aparecido el terrorismo es una noticia grave que no podemos eludir. Por lo visto, las actividades netamente terroristas se configuran sobre el trasfondo de un desafecto a veces masivo a las realidades y los valores políticos, donde ya se pueden reconocer formas de activismo nihilista, aunque estén lejos todavía de organizarse para cometer crímenes aterrorizadores. Es vital ahora aprender a respetar y encauzar los activismos de desobediencia civil, resistencia pacífica, lucha por derechos fundamentales, los que pueden expresarse de forma a veces muy perturbadora para el orden legal y económico, como mediante boicoteos del tránsito y de la producción. Ellos no pueden confundírsenos en la práctica con las amenazas a la seguridad que combatimos. Violencia social (crímenes de odio y agresiones entre sectores sociales, enfrentamientos por tierras o aguas, linchamientos) y crimen común y organizado por codicia (secuestros por rescate, extorsión, chantaje, soborno, blanqueo de dinero, tráfico de personas y el rey de los crímenes comunes, el narcotráfico) deben ser tratados también de manera diferenciada. Pero, sobre todo, no confundamos al nuevo mal, el terrorismo, la guerra nihilista, con ninguno de estos viejos males.

Para los problemas del país no queremos sólo unos analgésicos, ni tampoco una cura de caballo con alto riesgo de hacer más daño que bien; queremos justicia, es decir, que el acceso a las oportunidades sea equitativo y que el uso de los cargos y posiciones de poder (incluido el poder económico) respete los derechos fundamentales de todos y sirva principalmente para promover a los más desaventajados. Con este mismo fin necesitamos proteger la construcción del estado de derecho, que es un proceso de largo plazo, con un sistema de seguridad complejo que haga frente a las nuevas amenazas, especialmente al terrorismo.